

CRÍTICA DE LIBROS

CARREL, Alexis, *La incógnita del hombre. El hombre, ese desconocido*. Ed. Iberia. Barcelona, 1.994 (15ª edición), 375 págs.

La obra que aquí tratamos debe ser considerada como una aberración contra la humanidad. Alexis Carrel, si bien dominó mucho su materia, la medicina, como refleja su Premio Nobel en Medicina y Fisiología (1.912), no acabó de cuajar en otras. Quizá debiera no haber intentado salirse de su campo, porque demuestra conocer muy poco al hombre fuera de la medicina, a pesar de que pretenda resolver la incógnita del mismo. Una persona que habla en términos de *inferioridad* o *superioridad* intelectual o racial, y que trata con tanto desprecio al género humano, debe ser tratada con tanta intolerancia como él hace con el hombre en general. Estamos de acuerdo en que nuestro autor vivió en otros tiempos, pero la manera de pensar de una época no puede ser excusa para la reimpresión constante de libros incongruentes y no fundamentados.

Alexis Carrel parte de la diferencia entre el *hombre inferior* o *débil intelectual* y el *hombre superior* o *fuerte intelectual*, para luego proclamar la eliminación del primero en beneficio del segundo. Los *débiles mentales* serían el grupo formado por los estúpidos, los ininteligentes, los dispersos, los incapaces de atención y de esfuerzo, los inválidos, los criminales, los locos, etc. Todos estos individuos no deberían ser iguales ante la ley ni tener los mismos derechos a una educación superior ni al poder electoral; estos ámbitos pertenecen exclusivamente a la *élite*, a los *superiores*, a los *completamente desarrollados*. La igualdad sería una ilusión que no debiera ser realizada, porque entonces los *superiores* perderían su papel principal en la función, teniéndose que ver *dominados* por el *sector débil*, que lo forma la inmensa mayoría de la población. Así, la democracia ha fracasado porque ha corrompido nuestra civilización.

Para Carrel, el llamado *hombre inferior* tiene una forma elemental de conciencia que sólo le permite un trabajo fácil; se dedica a ocios superficiales, tales como los espectáculos atléticos, las películas y el dejarse transportar a grandes velocidades; está mecanizado para producir y consumir y así satisface sus apetitos fisiológicos; no tiene sentido moral, estético ni religioso. Observemos tres ejemplos: los estudiantes, las mujeres y el genio o filósofo.

Los estudiantes son, para Carrel, "jóvenes fofos y necios." (pág.289), aunque parece darnos una solución: el problema de estos jóvenes no es irreversible, se puede curar; son atróficos, pero hasta pueden recobrar su virilidad. Además, subraya que el carácter atrófico de los productos de nuestra civilización "está lejos de ser siempre la expresión de una degeneración racial" (pág. 289). Quizá a alguien le consuele.

Las mujeres, por su parte, no corren mejor suerte, ya que padecen un desequilibrio nervioso, son apáticas, y pierden una parte de la actividad intelectual o de su sentido moral cuando se les extirpan los ovarios. Las madres “abandonan a sus hijos en los *kindergarten* para poder ocuparse en sus carreras, sus ambiciones sociales o sus placeres sexuales, sus fantasías literarias o artísticas o, sencillamente, para jugar al *bridge*, ir al cine y gastar su tiempo en una ociosidad atareada.” (pág.291). Así, las madres son las responsables de que haya desaparecido la unidad del grupo familiar, y por tanto, deben ser educadas, no para ser catedráticas, sino para educar a sus hijos de manera que devengan seres humanos de *calidad superior*.

En cuanto al genio, no puede ser un gran hombre, porque tiene una función hipertrofiada: “El genio puede compararse con un tumor que crece en un organismo moral. Estos seres faltos de equilibrio son a menudo desgraciados. (...) De su desarmonía resulta el progreso de la civilización.” (Pág. 154).

Hasta aquí, se han analizado las características del *hombre inferior*. Faltaría ver ahora qué entiende Alexis Carrel por *hombre superior* o *fuerte intelectual*: es el más feliz y útil de los hombres, porque mantiene en armonía las actividades intelectuales, morales y orgánicas. Como es el hombre perfecto, todos nuestros esfuerzos deben ir encaminados hacia su desarrollo, porque si no, no hay una verdadera civilización. ¿Quiere esto decir que debemos eliminar al resto de individuos, puesto que son inarmónicos? No, porque son necesarios en nuestra sociedad, aunque nos estorben a la hora de realizar nuestra tarea.

Así pues, se deben evitar todos los aspectos que debiliten “profundamente a las razas blancas dominantes.” (Pág. 169). Da la impresión de que Carrel intenta hacer surgir un nuevo totalitarismo con un ideal claro: la creación de una *raza blanca dominante* que no pueda verse afectada por los *débiles* y que, al ser *superior* intelectualmente, también lo sea moralmente. A modo de ejemplos se citan las figuras de César, Napoleón o Mussolini, grandes *leaders* de naciones con una estatura moral que supera a la humana.

La solución que encuentra nuestro autor para librarse de su total desprecio por la humanidad en general la encuentra en la práctica de la eugenesia voluntaria, acompañada de una educación *adecuada*. Afirmar que se ha de enseñar a repudiar a los pobres, a las familias que padecen enfermedades como el cáncer, a los locos y a los idiotas, puesto que son más peligrosos que los criminales para la construcción de la sociedad ideal. Hay que renunciar a admitir a este sector en favor de la Humanidad, de la *raza pura*, y por tanto, hay que sacrificarse. Quizá lo peor de todo es que encuentra en la eugenesia una ley natural, es decir, que la Naturaleza requiere del sacrificio de muchos hombres en favor de otros.

La eugenesia también debe ayudar a suprimir al labrador, al artesano, al artista, al profesor, al hombre de ciencia y del proletariado, ya que parece que

han sido los causantes de todos los males de la sociedad moderna, los que han conseguido la debilitación de la inteligencia y del sentido moral, los que han destruido la cultura. Debe suprimirlos en beneficio de la *raza superior*, del hombre que dominará en el futuro, que es más inteligente, más resistente y tiene más valor, según Alexis Carrel.

Que cada cual juzgue por su cuenta.

ANA BELÉN HERRERA PASTOR

ESQUIROL, J.M., *La frivolidad política del final de la historia*, Madrid, Caparrós Editores, 1998. PRIVADO

Josep M. Esquirol (profesor de Filosofía Política de la Universidad de Barcelona y director del Instituto de Estudios Políticos Blanquerna) ha publicado su último libro, *La frivolidad política del final de la historia*, donde trata de establecer un lazo de unión entre la filosofía política contemporánea y las diversas tesis sobre el final de la historia.

¿Qué ha pasado con la reflexión filosófica sobre la política actual? ¿Es la política actual un simple juego frívolo? ¿Se han perdido aquellas ideologías por las cuales se luchaba? ¿Existen valores políticos con referencias filosóficas? Estos, entre otros, son los problemas que plantea J.M. Esquirol en este ensayo, en el cual configura una alternativa ante las tesis del “final”: final de la historia, final de la política, final de las ideologías y final de la filosofía.

Ya en la “Introducción”, Esquirol nos ofrece una idea clara y precisa sobre lo que tratará en este ensayo, dividido en cuatro partes. En la primera, “El fin de la historia y el estado universal y homogéneo”, muestra la gran importancia que ha tenido el hegelianismo de Kojève en el pensamiento contemporáneo, incluyendo también referencias a Leo Strauss y a Fukuyama; en la segunda parte, “Postmodernidad: fin de la historia y pragmatismo político”, analiza los elementos básicos del pensamiento político postmoderno: el final de la historia y la prioridad de la democracia sobre la filosofía; en la tercera parte, “Imaginario sociopolítico frente al final de las ideologías y de la historia”, reanuda, a partir de Ricoeur, una reflexión sobre la temática de las ideologías y la utopía; y en la última parte, “Para una una comprensión “pre” y “post” hegeliana de la historia y de la política”, nos encontramos con un planteamiento más propositivo, que intenta elaborar, a partir de autores como Kant y Arendt, un pensamiento filosófico político más innovador.

MARIA DARNELL BUISÁN

GIDDENS, Anthony, *The Third Way*, Cambridge (UK), Polity Press, 1998.

Más acá del tratamiento metafísico de la cuestión que Norberto Bobbio realiza en su *Dritta e sinistra*, el reconocido sociólogo británico Anthony Giddens nos ofrece en esta obra toda una serie de sugerencias y conceptos prácticos que vendrían a dar contenido material a la anterior reflexión del filósofo italiano. El planteamiento original de Giddens, sin embargo, no puede ser considerado como ideológicamente neutral, al menos en tanto que el autor muestra sin reparos lo que vendría a ser su punto de partida político. Efectivamente, el llamado “consejero intelectual de Blair” apuesta sin tapujos por la opción socialdemócrata a la hora de señalar el tipo de formación política que debe abanderar ese radicalismo de centro que en estos momentos, según el autor, se precisa en las democracias occidentales. Así pues, no nos encontramos en esta obra ante la definición de un absolutamente *nuevo* perfil de partido, sino ante la demanda de una reconversión de la socialdemocracia tradicional como (casi) única salida del estrecho callejón por el que nos hacen penosamente circular las ya exhaustas opciones, a juicio de Giddens, de la antigua socialdemocracia, ideológicamente dependiente del marxismo, y el pretendidamente innovador neoliberalismo. Según el afamado autor británico, no existe en el corpus teórico de ninguna de estas dos matrices políticas el suficiente poder especulativo para manejar los nuevos problemas y situaciones que nuestra época nos depara, a saber, riesgos medioambientales, globalización, pérdida de los valores tradicionales, y crisis de las estructuras y planteamientos políticos modernos. Todo ello muestra, en definitiva, que la “clásica” partición entre izquierda y derecha *ya no agota el espectro político de discusión*, y por esta razón se requiere un radical “cambio de marcha” que permita afrontar aquel nuevo horizonte con renovada confianza (algo imprescindible, por lo demás, para asegurar la pervivencia del espíritu mismo de la democracia). En tanto en cuanto, sin embargo, la prosperidad de Occidente no ha acabado de eliminar (todavía) las injusticias sociales en su seno, no podemos ni debemos abandonar la llamada por Giddens “*emancipatory politics*”, de inspiración socialista y cuyo eje central es el concepto de igualdad. Esta es la razón fundamental por la que debe ser la opción socialdemócrata y no otra, según Giddens, la que tome la responsabilidad de afrontar radicalmente el confuso futuro de nuestras sociedades, y ello porque, pese al imperativo de abandonar el lastre de la *vieja* izquierda, la socialdemocracia no deja de ser izquierda.

Por lo que respecta a cuestiones más generales, hay algo que cabe especialmente destacar del análisis realizado en esta obra: aunque en ella se alude a y se manejan perspectivas y autores especialmente críticos con el panorama actual de la política, el sociólogo británico no cae en el error de no saber depurar lo esencial de lo transitorio o accidental. Así, pocas visiones más agudas, en el marco

de lo que podríamos denominar un “realismo político”, pueden encontrarse en la en ocasiones desconcertante -ya sea por exceso o por defecto- literatura política actual. Nociones básicas como la de gobierno, poder estatal o la misma filosofía política (en tanto que *saber de* y *reflexión sobre*), no son en ningún momento cuestionadas para su derribo en el discurso de este autor, y ello sencillamente es digno de agradecer en un momento y situación en que parece haberse perdido la capacidad de crítica sin que esta se sustente en la *mera* negación o en la siempre sospechosa afirmación incondicionada. Por otro lado, el texto de Giddens ofrece algo que también parece haberse perdido en una época en la que, curiosamente, la producción bibliográfica está casi desbordada, a saber, una precisa y concisa referencia a otros textos de similar talante en cada una de las introducciones a los diversos temas que aparecen en el libro, lo cual retoma el abordamiento clásico de las cuestiones filosóficas. Ello, además, siempre va acompañado de una aproximación *histórica* al problema planteado, con lo cual siempre nos encontramos con una mínima y casi imprescindible acotación del ámbito de discurso que, sin duda alguna, favorece la comprensión de los argumentos expuestos. Y si a todo lo referido añadimos, en fin, un estilo claro y un tratamiento no excesivamente elaborado de los contenidos (los insatisfechos en este sentido pueden acudir a su anterior *Beyond Left and Right*), nos encontramos ante una obra que puede cumplir casi a la perfección un doble cometido: introducir al lector en los problemas actuales que no debe menospreciar ninguna filosofía política, y proveer un marco de discusión para las diferentes ideologías y tendencias.

CARLES JOSÉ MESTRE

PENCE, Gregory E.(ed.), *Classic Works in Medical Ethics: Core Philosophical Readings*; Boston, McGraw-Hill, 1998.

Gregory E. Pence actualiza, de manera rigurosa y objetiva, la discusión bioética sobre temas ya conocidos con una nueva selección de textos, dando especial énfasis a los conflictos que surgen al inicio y al final de la vida. Entre las muchas antologías que ya se han editado de textos relacionados con la disciplina de la Bioética, esta selección, con una perspectiva más filosófica que clínica, pone al alcance de los lectores textos escritos por filósofos y bioeticistas en su gran mayoría, dando pie a que temas ya muy tratados, como por ejemplo el aborto o la reproducción asistida, recobren un interés enriquecedor.

El presente libro recoge artículos publicados entre los años 60 y 90 en revistas de gran prestigio filosófico, como son las publicaciones de *Ethics*, *Philosophy and Public Affairs*, o *Journal of Philosophy*, y bioético publicados

por el *Hastings Center Report*, el *Cambridge Quarterly of Healthcare Ethics*, o la revista *Bioethics*, entre otras. También aportan material de gran interés el *New England Journal of Medicine*, o el *Journal of the American Medical Association*, revistas de gran reconocimiento mundial en el ámbito de la Medicina, así como otros textos extraídos de las obras de sus autores. Todo ello avala la calidad de esta antología y el criterio y la labor de G.E. Pence en el esfuerzo por seleccionar cada uno de los trabajos en la inmensa bibliografía sobre Bioética.

El libro, idóneo para estudiantes de filosofía, medicina y enfermería interesados en profundizar sobre los temas de la Bioética, empieza con una breve y esclarecedora introducción de G.E. Pence en la que se hace una rápida presentación cronológica de las teorías éticas que han tenido mayor influencia en el desarrollo de la ética médica. La ética de la virtud en la antigüedad griega, las posteriores virtudes cristianas y un acercamiento a la teoría de la Ley Natural inician esta introducción. A cada una de las teorías éticas presentadas, el autor añade una crítica personal sobre la aplicabilidad de las mismas a la ética médica de nuestro tiempo. Esta actitud crítica la mantiene con respecto a cada una de las teorías que siguen. Las teorías contractuales de Thomas Hobbes y John Rawls, la ética deontológica de Kant, y la doctrina utilitaria de Jeremy Bentham y John Stuart Mill, son brevemente presentadas, seguidas de una rápida introducción de los principios de la Bioética como fruto de una “destilación de las teorías éticas descritas hasta ahora” (p.13). A continuación presenta la reciente *ethics of care* y la alternativa de la casuística, esta última como posible método para la resolución de conflictos bioéticos, añadiendo que cualquier toma de decisión ha de estar dirigida, *a priori*, por la *phronesis* griega, virtud con la que llegar a las soluciones óptimas para todas las partes involucradas en cada conflicto. G.E. Pence no rechaza ninguna de las teorías éticas y concluye su introducción afirmando que las partes mejores de cada una de ellas serán las que servirán a la ética médica moderna para resolver las situaciones conflictivas de cada caso particular, puesto que “given our limited tools of reasoning in ethics, any valuable tool is welcome, and knowledge of such ethical theories is certainly one such tool” (p.18).

Cada uno de los textos seleccionados va precedido de una breve introducción en la que se establecen nexos entre los distintos artículos y, al mismo tiempo, cumple con la fiel tarea de ayudar al lector a situarse rápidamente en la línea argumental defendida por cada autor. Otra de las virtudes de esta selección es que G.E. Pence intenta recoger todos los puntos de vista, en contra y a favor, de cada tema planteado, sin rechazar ninguna línea de pensamiento.

Los temas de la eutanasia y los conflictos al final de la vida están ampliamente tratados en las dos primeras partes. La primera de ellas recoge tres textos que debaten sobre si es moralmente permisible o no la aplicación de la euta-

nasia a pacientes con una competencia más que dudosa para la toma de decisiones. James Rachels, Alan J. Weisbard y Mark Siegler, y Joseph Fletcher son los autores. En una segunda parte, con la colaboración de Dan W. Brock, Jerome A. Motto, y Daniel Callahan, la discusión versa sobre la validez moral de la eutanasia en personas autónomas y aptas para decidir, y sobre la posibilidad de recurrir a un derecho al suicidio. Tras la lectura de esta primera selección, distinciones como las que hay entre eutanasia 'activa' y 'pasiva', o conceptos clave como el de 'autonomía' o el de 'bienestar individual', incitan al lector a volver a pensar sobre el tema, de tanta actualidad ante la innovadora tecnología de los soportes vitales.

El a veces polémico Peter Singer encabeza un segundo bloque sobre temas relacionados con el inicio de la vida, en un artículo en el que expone su teoría del especieísmo y el estado moral de embriones humanos. Después, Leon R. Kass, y Joseph Fletcher nos presentan distintas visiones sobre el uso moral o no de las nuevas formas de reproducción asistida. Siguiendo con el mismo tema, Herbert T. Krimmel y John A. Robertson, especialistas en jurisprudencia y en cuestiones sobre reproducción y bioética, tratan, desde puntos de vista distintos, un tema de reciente actualidad tras el famoso caso *Baby M*, en los Estados Unidos, como las denominadas 'madres de alquiler'.

El aborto es tratado en la quinta y sexta parte de esta antología con cinco artículos. Judith Jarvis Thomson y Mary Anne Warren aportan argumentos en favor del mismo, mientras que Don Marquis lo cuestiona mucho. Todos ellos parten de un referente ineludible: el estado moral del feto en el momento de la concepción y su, a veces discutido, atributo de 'persona'. A continuación, Michael Tooley amplía el debate dando argumentos en pro y en contra del infanticidio. La discusión se centra en el derecho a la vida y en quiénes pueden considerarse poseedores de este derecho, volviendo aquí el tema del especieísmo y las consecuencias que conlleva como criterio en la asignación de derechos. Al otro lado se sitúa John A. Roberston, quien rechaza cualquier argumento utilitarista, ofreciendo otra visión y mostrando el importante papel de terceras partes, como son la familia y/o los profesionales de la salud, en la atención y el cuidado de los recién nacidos con grandes defectos físicos.

Tras estos dos grandes bloques, el séptimo tema elegido es la experimentación con animales, tratado por el bioeticista Peter Singer con su teoría sobre la igual consideración de intereses de los seres capaces de sentir dolor.

A continuación, Nicholas Rescher y Carl Cohen firman sendos escritos de gran actualidad sobre la polémica que suscita el tener que asignar recursos y conseguir al mismo tiempo un eficiente sistema de financiación de la salud pública. El acceso a los recursos sanitarios, y de los conflictivos 'factores de riesgo' y su posible inclusión a la hora de determinar la prioridad en la asignación, son las principales cuestiones tratadas en ambos textos. Los trasplantes

de órganos, por ejemplo, son operaciones que requieren criterios de selección para optimizar el resultado ante el elevado coste que conlleva una intervención de este tipo, y esto hay que afrontarlo del mejor modo posible. A propósito de los trasplantes, Peter A. Ubel, Robert M. Arnold, y Arthur L. Caplan, colaboran en un trabajo proponiendo un nuevo criterio para la asignación de recursos, con particular insistencia en los re-trasplantes. Su objetivo es aliviar la tensión continua en que se hallan los médicos ante la conflictiva obligación de cumplir sus deberes para con su paciente y, al mismo tiempo, para con la sociedad de la que son partícipes.

La novena parte versa sobre la psiquiatría y el conflicto que se da en el tratar a pacientes sin su previo consentimiento. El psiquiatra Paul Chodoff y el psicoanalista Thomas Szasz presentan dos visiones contrapuestas sobre el tema. Seguidamente viene el siempre interesante debate sobre los avances en ingeniería genética y su empleo en el futuro. C. Keith Boone, Ruth Macklin, y Robert N. Proctor indican las ventajas y desventajas que pueden suponer tales avances respecto al ya próximo mapa del genoma humano y su posible manipulación.

En la undécima parte se discuten una vez más los papeles de la justicia y de la economía en los sistemas sanitarios. Richard D. Lamm y Anny Gutmann se ocupan del problema de cómo financiar la sanidad ante los elevados costes de la asistencia médica, y el de cómo conseguir un acceso igual para todas aquellas personas que necesiten servicios sanitarios. Por último, Richard Mohr aborda la cuestión de la sociedad contemporánea ante el SIDA, y del lugar que ocupan los colectivos más afectados como el de los homosexuales.

El libro nos permite apreciar diferentes perspectivas de cómo tratar la disciplina de la Bioética. La división entre argumentos liberales y no liberales es la más dominante. Todos los textos dejan constancia de la era que se aproxima con el cambio de milenio, en la que la denominada *slippery slope* será la gran constante. Ante ella, la 'prudencia' y el andar con suma cautela será la disposición más idónea para asumir convenientemente los constantes progresos biomédicos y tecnológicos, con el fin de no llegar a situaciones en las que se dé un *doble efecto* aun actuando con buena intención.

SALVADOR RIBAS RIBAS

VIAL LARRAIN, Juan de Dios. *Filosofía Moral*, Santiago de Chile, 1998.

La meditación de Juan de Dios Vial Larraín, en tanto que se ha expresado en libros, ha sido hasta ahora de carácter metafísico y epistemológico, y en ella hemos admirado la línea que sigue su discurso al ahondar en los clásicos sin des-

cuidar las interrogaciones del mundo actual. Lo ha hecho y lo hace con toda libertad y mostrando su posición cristiana sin rodeos ni excusas. Para él no hay aquello de “filosóficamente correcto” o de “pensamiento único”, circunstancia adjetiva, es verdad, pero que honra al autor.

Nos presenta éste ahora una reflexión sobre la Ética, rama del saber que en nuestra época parece haber sido “declarada en quiebra”. “Uno pudiera pensar que nos hemos quedado en la intemperie, en un mundo desgarrado, precisamente porque carece de justificación moral” nos dice Vial, para advertirnos, inmediatamente después, que, sin embargo, en esta crisis puede descubrirse un sentido. Estaríamos en presencia de una oscura conciencia moral que arraigaría en las prácticas reales de los hombres. “Y como la ética es, en definitiva, una práctica, es a éstas a las que hay que mirar. Desde aquí hay que comenzar a pensar”, concluye.

El libro gira alrededor de esta resurrección de la Ética. Para ello, acopia el autor en sus dos partes iniciales los materiales necesarios. Consciente de que lo futuro se nutre de lo pasado, nos presenta primero los fundamentos teológicos de la ética cristiana y, después, las dos grandes síntesis históricas del pensamiento moral: la de Aristóteles (en que la prudencia lleva a la felicidad) y la de Kant (en que la autonomía de la libertad se realiza en la autonomía de la ley categórica) y lo hace con apoyo en citas concretas y fundamentales, a través de una exposición cristalina, que va a lo sustancial de ambas concepciones.

Vial se declara instisfecho con la versión al castellano del término *phrónesis* -máxima virtud ética para Aristóteles, que en cierto modo resume a las demás-, que usualmente se traduce con **prudencia**, vocablo que ha perdido toda su fuerza semántica y que en el lenguaje de hoy significa algo así como una dubitativa cautelosa deseosa de no tropezar con nadie ni en nada. Prefiere el autor servir al efecto -como lo hacen los anglosajones- de las expresiones “sabiduría moral” o “inteligencia práctica”. Y con ello nos encontramos con un problema filológico, que si bien no se desarrolla en el libro, nos invita a aportar aquí algunos elementos de juicio para su mejor comprensión.

Phrónesis se halla vinculado a *phrén*, primariamente **diafragma** (membrana que separa -corta- las altas de las bajas vísceras) y por lo tanto **entrañas** (y de allí que aun hoy se llame “frénico” al nervio que las sirve), y en especial el **corazón**. Éste es, para el griego, la sede del sentir en su más amplia significación, que incluye la **memoria** (por eso hasta hoy se dice recordar por re-memorar), el **representar**, esto es el **pensar**. El *phrén* se opone al *thymós*, que designa la vida en cuanto **impulso** y **voluntad**. Para comprender la vida superior del hombre en su integridad se usaba la expresión *káta phréna kai katá thymón*.

Phrónesis, que según los casos puede traducirse por **pensar**, **entendimiento**, **ánimo**, **altura de miras**, se mueve, pues, en el ámbito semántico de una mentalidad a la vez elevada y encarnada, lejos del *more geometrico* de la ciencia,

generosa y sin embargo rigurosa, sentido que refleja bastante bien el término **prudencia**, cuando lo emplean nuestros clásicos tanto religiosos como profanos.

Sin embargo, en ello hay un “pero”, que estriba en lo siguiente: el vocablo castellano viene del latino *prudencia*, y éste del *prudens*, que a su vez deriva del *providens*, es decir el **que mira hacia adelante**. Subrepticamente, por la alquimia del lenguaje, se han introducido aquí dos ideas que estaban ausentes del término griego: la proyección (en el tiempo y en el espacio) y el mirar. Y efectivamente, el hombre prudente mira y remira antes de actuar, y sopesa los efectos de su acción en lo futuro, de suerte que estos rasgos adventicios, tomados del comportamiento cotidiano, son colocados en primera línea, ocultando las connotaciones “viscerales” de la voz helénica. Me atrevo a sospechar que a esta circunstancia se deba el tinte trivial que ha adquirido la palabra en el uso actual.

Hay en castellano un término que se reputa sinónimo de prudencia, y que también tiene prosapia clásica... y que ha sufrido la misma pérdida de sustancia y prestigio. Me refiero al vocablo **discreción**. Derivado del latino *discretio*, emparentado con *discerno*, *cerno*, que no es otra cosa que el *krino* griego. *Krínēin* significa **dividir, separar**, física como mentalmente, que es lo contrario de *légein*, **recoger**, también en ambos sentidos. De allí el *cogitare* latino y el griego *lógos*, en que aún está viva la idea de **captura, captar** por la mente. *Krínēin* es -en principio- una acción analítica; en cambio *légein* señala hacia una síntesis, un re-cogimiento. En **discreción** se introduce así un matiz de “manipulación” intelectual que no se halla originariamente expresado en la palabra *phrónesis*, aunque sin duda lo suponga en la práctica.

Como dijimos, en vista de la desfiguración de la palabra **prudencia**, Vial prefiere la traducción que de ella han hecho los ingleses por **sabiduría moral e inteligencia práctica**. Pero tampoco aquí faltan connotaciones parásitas: *sophía* está vinculado a *sapere* -sabor y gustar- alejados de la idea inicial de *phrén*. **Moral** alude a *mos*, **costumbre**, y por lo tanto a *éthos*, y emplear el término aquí resulta casi como poner lo definido en la definición. **Inteligencia** remite a *intus legere*, y por lo tanto a *légein*, ya mencionado, que en cuanto acción del *lógos*, señala hacia la parte especulativa -desencarnada- del alma, que es lo opuesto al arraigo visceral de la *phrónesis*. Y, por fin, *prágma* y *práxis*, si bien aporta un aspecto pertinente, no deja de sonar a kantismo y, por lo demás, se adelanta al *télos* de la *prónesis*: la buena acción -*eupragía*, *eú-praxis* = **felicidad**- es aquello a lo cual lleva la *phrónesis*...

Después de esta digresión, si no impertinente por lo menos entrometida, y por la cual pido perdón tanto al autor como al lector, me animo a afirmar que el término en el cual nos venimos ocupando es, en rigor, intraduci-

ble, y a sugerir que es mejor no tocarlo y hacer uso de él tal cual nos lo ha legado la historia en su bella resonancia helénica.

Pero volvamos al libro comentado. Con justeza recuerda Vial que Kant -educado en el pietismo luterano- al excluir, por la razón pura, a Dios y al alma inmortal de la realidad natural, no los niega sino que crea para estos conceptos, cuando la razón pura deviene práctica, y en vista de la libertad, un espacio de validez suprasensible. La contraposición -o concordancia- de estos dos modos de la razón en Kant y de sus consecuencias especulativas son uno de los temas de la filosofía moderna.

Vial resume la situación así: los “postulados kantianos no significan que el ser espiritual del alma y la naturaleza perfecta de Dios sean meras proyecciones del sujeto humano y de sus necesidades... como se llega a postular en el ateísmo de Feuerbach y Sartre... Se trata del desenvolvimiento de la libertad en dominios que, a juicio de Kant, escapan al conocimiento de la razón misma, sin dejar por eso de tener una realidad que la teoría ve solamente como posible. Si el ser supremo es imposible, dice Kant, la ley moral se endebeza a un fin vacío. El argumento acerca del fin final (aristotélico) resuena en estas líneas.”

Termina el autor esta rememoración interpretativa señalando que la ética de Aristóteles está presidida por la inteligencia práctica, la *phrónesis*; la de Kant, por la razón pura (habría que añadir en su actuación práctica); la de Hume, por las pasiones, que esclavizan a la razón; y -finalmente- la de Nietzsche, por la voluntad. Esta última, contemporánea, lleva, como es notorio, al denunciar los valores tradicionales como nihilismo, a su vez al nihilismo y a la históricamente fracasada superación de éste en el superhombre.

Ante este campo de ruinas, que Vial analiza en un brillante capítulo que titula “Ética y Política”, el autor nos propone, asumiendo el peso de dos milenios de meditación filosófica pero tomando algunas necesarias distancias frente a él, un neoaristotelismo, basado en la experiencia del mundo contemporáneo. A fuer de Ética -no olvidemos que *ethos* significa costumbre-, son éstas el punto de partida de la reflexión, que se orienta por los hitos aristotélicos de **deseo**, **elección**, **virtud**, *phrónesis*, **felicidad**, aunque también por las ideas modernas de libertad y ley moral; todo ello en la perspectiva de la Revelación con que se inicia y termina el libro. El paradigma de Cristo, en su encarnada divinidad humana -apartada de la *gnósis*- está presente, como al trasluz, a lo largo de sus páginas. La Persona del Redentor resplandece, dando un sentido trascendente a toda la evolución histórica de la Ética y a la reflexión personal que nos brinda el volumen.

A través de su obra filosófica, realizada en la cátedra y en el contacto humano, cristalizada en más de media docena de volúmenes y muchos ensayos y comunicaciones, Juan de Dios Vial se afirma como uno de los más emi-

nentes pensadores de nuestra América, por su hondura metafísica, su íntimo conocimiento de los grandes maestros clásicos y su lúcida visión de los problemas contemporáneos, despreocupado de toda fácil notoriedad, y viviendo la humildad propia de un hombre auténtico que en su persona realiza el ideal de la *prónesis*.

ALBERTO WAGNER DE REYNA

WILKE, J., GABAUDE, J.-M., VADEÉ, M (Eds.). *Les chemins de la raison. XXe siècle: la France à la recherche de sa pensée*. L'Harmattan, Paris - Montréal, 1997, 332 págs.

Esta obra colectiva, que es una aproximación al estado actual de la filosofía francesa y a su futuro en Europa, está dividida en tres partes, donde se exponen los avatares, realizaciones y posibilidades de una racionalidad heredera -según B.Bourgeois en el Prólogo- de un pensamiento cartesiano e ilustrado que en la actualidad está haciendo un "multiforme esfuerzo" para reinstaurarse en Francia. Podría decirse que toda la obra está atravesada por esta única idea rectora: la historia de la razón en Francia -y por extensión en Europa- es la historia de una lucha constante entre el nuevo y el antiguo régimen.

Se inicia la obra con una relación histórica por décadas, a cargo de J.Wilke, en la cual se pasa revista a los nombres y significados de los cultores de la filosofía francesa, especialmente desde la enseñanza universitaria. A los primeros nombres de los kantianos Lalande y Brunschvicg siguen los de H.Bergson (cuya posición frente al intelectualismo platónico es presentada por E.Moutsopoulos en la parte dedicada a realizaciones) y M.Blondel, cuya filosofía existencialista tiene significación de protesta y desencanto ante una racionalidad en crisis que se acerca a la Gran Guerra. Pasada ésta, parece restablecerse aquella atropellada racionalidad europea con las visitas de Einstein y Husserl a París, aunque las contradicciones no tardan en reaparecer en los años treinta (de aquí el interés por un análisis social del inconsciente en J.Lacan), a la vez que el hegelianismo inicia su penetración en Francia de la mano de J.Wahl, A.Breton o A.Kojève (análisis espléndido de J.d'Hondt al respecto en capítulo aparte).

En este renovado ambiente de tensiones y durante el *Congreso Descartes* de 1937, G.Berger funda la A.S.P.L.F., una Asociación de Sociedades de Filosofía en Lengua Francesa (véase *Convivium*, 8, (1995), pp.133 - 135) que sigue siendo hasta hoy un foro internacional para la filosofía, no sólo para Europa y en países francófonos, sino abierto a todos. La ocupación alemana activó en Francia lo que el autor denomina "razón liberadora" en torno a las

revistas *La Pensée* (P.Langevin, G.Politzer, H.Walon...) y *Annales d'histoire économique et sociale* (L.Febvre, M.Bloch), al análisis de las cuales dedican sendos capítulos J.Milhau - G.Besse y J.Baláz, respectivamente, iniciándose lo que, al parecer, será un denominador común de la nueva racionalidad francesa, a saber, la epistemología inspirada en las ciencias, pero no dogmática a la manera de Comte, sino constantemente abierta a todas las manifestaciones -a veces sorprendentes- de la realidad, y donde G.Bachelard desempeña un papel de protagonista destacado, como lo ponen de manifiesto primero Z.Cherni e inmediatamente después M.Vadée en sus colaboraciones.

A partir de los cincuenta, sin embargo, aparecen otros elementos que parecen contraponerse a esa epistemología. Entre ellos citemos algunos peligros derivados de la naciente sociedad del bienestar (pérdida del gusto por la cultura, aburrimiento, violencia gratuita...) de los que advierte E.Weil, la defensa de una filosofía de lo concreto (M.Merleau-Ponty) y la llamada al compromiso político (J.-P. Sartre, cuya dialéctica de la historia analiza con detalle M.Rosen), cierto rechazo por la abstracción, también en la historia (C.Lévi-Strauss), la des(cons)trucción del lenguaje (J.Derrida), la recuperación de la ética (G.Bastide, E.Lévinas), la renovación de los estudios marxistas (J.-M.Gabaude) o la pervivencia del tradicionalismo (P.Boutang).

Finalmente, sitúa el autor las dos últimas décadas de este siglo en la perspectiva del "atardecer de un fin" que camina hacia "la gran deriva", en momentos de desempleo, de ecologismo y de interrogantes sobre la sostenibilidad, en lucha con el neoliberalismo (temas debatidos aparte en una aportación de S.Amin) en una Europa por venir donde ya se imponen los referentes americanos. Para el autor, este es el tiempo, en suma, de una racionalidad que está "fuera de quicio", pero que debe reconducirse por el ejercicio de una filosofía estrechamente ligada a las actividades científicas y prácticas.

Para completar esta reflexión sobre el pasado, el presente y el futuro de la razón europea, no falta ni una exposición de J.-Y.Calvez acerca de las consecuencias que sobre la racionalidad católica tuvieron en Francia tanto las condenas vaticanas sobre el liberalismo, el racionalismo, el tradicionalismo y el modernismo, como las directrices generales del Concilio Vaticano II, ni una meditación global acerca del concepto mismo de razón dentro de la herencia cultural europea a cargo de M.Buhr, para quien los clásicos alemanes (Leibniz, Fichte, Hegel o Goethe) no son sino los mediadores entre el Siglo de las Luces en Francia y la Europa de hoy.

JOSÉ M. ROMERO BARÓ

NORMATIVA PARA LA COLABORACIÓN EN «CONVIVIUM»

A) *Normas generales sobre los trabajos, su recepción y publicación:*

1. CONVIVIUM publicará tres tipos de trabajos: «estudios», «notas o discusiones» y «reseñas». Éstos podrán estar escritos en cualquiera de las lenguas latinas, o en inglés o en alemán.
2. Los autores de las colaboraciones deberán enviar a la redacción de la Revista –o a cualquiera de los miembros de su Comité de Redacción– dos copias de su trabajo escrito pulcramente a máquina en hojas de tamaño DIN-A 4 por una sola cara, con buen margen, con interlineación a doble espacio, y de una extensión que no sobrepase, en general, las 35 páginas (o sea, alrededor de las 14.000 palabras si la redacción es en castellano); además, grabado en un disquete; sistemas: Word 4 o WordPerfect 5.1.
3. Cuando el trabajo sea del tipo «estudio», el autor incluirá un resumen del mismo que no exceda de las 150 palabras y que se publicará precediendo al cuerpo del artículo.
4. Junto con las 2 copias del original de su trabajo, los autores enviarán a la Redacción los datos relativos a sus titulaciones académicas, cargos y docencia –si los hubiere–, dirección actual y n.º de teléfono.
5. En cuanto obre en su poder un trabajo, la Redacción notificará a su autor la recepción del mismo.
6. Los originales recibidos no serán devueltos, pero la Redacción se reserva el derecho de aceptarlos o no en orden a su efectiva publicación según su conveniencia y oportunidad para cada número de la Revista. Con este fin, al recibir cada trabajo, la Redacción encargará a dos lectores o revisores cualificados e independientes que enjuicien los méritos del mismo.
7. En el caso que, cumplidos los anteriores requisitos, un trabajo vaya a formar parte de uno de los números de la Revista, la Redacción notificará a su autor la fecha previsible de su publicación.
8. La Redacción no se solidarizará en ningún caso con las opiniones expuestas en los trabajos que en la Revista se publiquen, y sobre este particular no mantendrá correspondencia de ningún género.
9. Los autores recibirán gratuitamente 20 separatas de los trabajos del tipo estudio, 10 de las notas o discusiones y 5 de las reseñas.

B) *Normas éticas más concretas:*

10. Para una mayor claridad expositiva, se aconseja el uso de suficientes divisiones y apartados en el texto.
11. Para las citas muy largas que se incluyan en el texto se aconseja emplear párrafos en letra pequeña, particularidad que se indicará para la imprenta

- poniendo una línea vertical, a lo largo de toda la extensión de la cita, en el margen izquierdo.
12. Toda abreviatura, así como toda referencia textual o bibliográfica, deberá figurar como nota al pie de página.
 13. Las llamadas a las notas a pie de página se escribirían en el texto del cuerpo del trabajo con sucesivos números volados y sin paréntesis. El contenido de las notas a que tales números remitirán se dará a la Redacción en páginas especiales que vayan al final de cada trabajo, procurando que su numeración corresponda exactamente con la de las respectivas llamadas.
 14. En las notas a pie de página, las citas deberán ser completas y exactas; se las redactará del siguiente modo:
 - Para libros: Apellido(s) del autor, iniciales de su nombre, título del libro *subrayado*, lugar de la edición, editorial, año de la edición, página o páginas citadas.
 - Para citar artículos de revista: Apellido(s) del autor, iniciales de su nombre, título entre comillas del artículo, nombre de la revista *subrayado*, número del volumen, año entre paréntesis, paginación del artículo o número(s) de la(s) concretamente citada(s).
 15. Se usarán las comillas para citas de textos –cualquiera que sea el idioma en que se hagan– y para los términos empleados en sentido poco frecuente o con intención especial. La letra cursiva, que se indicará para la imprenta mediante subrayado, se reservará para destacar dentro del texto determinadas palabras o frases y también vocablos extranjeros.
 16. Las listas bibliográficas que se juzgue preciso o conveniente adjuntar irán ordenadas alfabéticamente por autores y, si es posible, repartidas en secciones según los temas o materias.
 17. Las instrucciones especiales para el impresor deberán encerrarse en círculos puestos al margen, a ser posible con una grafía que se destaque por su color.
 18. Los originales que no se ajusten del todo a estas normas, supuesto que la Redacción los estime publicables, quedarán expuestos a graves retrasos de publicación; pero, si se le pide al autor que los enmiende conforme a estas normas, no será sobre los ya enviados por él, sino que la Redacción habrá de recibir nuevo ejemplar doble del original así enmendado. La Redacción sólo mantendrá correo de ida y vuelta para las pruebas de imprenta, no para que se corrijan originales defectuosos según los presentes requisitos.
 19. Cfr. *supra*: 2) acerca del envío en soporte informática: Word 4 o WordPerfect 5.1.